

ilustrarme sobre una situación que conozco yo mejor que nadie, para lo que hemos venido aquí.

— ¿Luego?... vengo, dijo Gigant, á ofreceros á vos que no sois nada, que no os queda ninguna esperanza en el porvenir, vengo á ofreceros un rango en la sociedad, un nombre, un título, una fortuna.

Haced una señal, y en seguida os hago conde... decid si, solamente, y en seguida os hago rico.

Tarantas creía estar soñando. Se pasó de nuevo su mano por la frente como para arrojar de delante de sus ojos aquel fantasma engañador de fortuna y nobleza.

— ¿Todavía lo dudáis? exclamó Gigant: pues bien; aquí está lo que no os dejará ninguna duda.

Sacó de su bolsillo el pliego de que se había apoderado y ojéo con complacencia los papeles que contenía.

— Aquí tenéis la fé de bautismo de vuestro padre, la de vuestra madre, — se entiende la del padre y la madre que yo quiero daros; — aquí está el contrato de sus esposales; aquí, en fin, el testamento del uno, y la fé de muerto del otro.

— Y si aceptase, ¿cómo me llamaría?

— El conde José de Rancogne, respondió Gigant con la mayor sencillez.

José María se había levantado y recorría el cuarto á grandes pasos, enjugándose su frente humedecida con el sudor que la emoción le producía.

Al disiparse la embriaguez, iba conociendo la gravedad del acto en que querían comprometerle.

— Entonces es de una falsificación, de una sustitución de persona de lo que me queréis hacer cómplice, dijo Tarantas con voz vacilante.

— Dispensad, replicó Gigant con la mas amable sonrisa; empecemos por restablecer en su lugar los hechos ó invertir los papeles y digamos: de que nosotros queremos haceros culpable, y nosotros cómplices.

Por último, debo confesaros, amiguito, que tenemos tomadas nuestras precauciones, y que desde el momento que me habeis dejado llevar las cosas tan adelante, haciéndoos esta confianza, os considero ya como comprometido en el negocio.

Si os negais á aceptar lo que os proponemos ¿sabéis lo que os sucedería? Todavía tengo en mi poder una letra de cambio vuestra cuyo reembolso no he exigido, sabiendo el miserable estado en que os hallabais.

Por ahí es por donde yo os tengo cogido, porque esa letra representa la tranquilidad de los últimos días de vuestra madre. Si quiero, dentro de dos semanas, «la vieja» como vos la llamáis, según tengo entendido, será mas pobre que la última de las mendigas del Limosin.

En cuanto á vuestra propia miseria, ya sé que la soportais con filosófica resignación, pero también sé que por nada en el mundo soportaríais la de ella.

Con que así, á vos os toca elegir ahora. O ver venderse á pública subasta la casa paterna y el último pedazo de tierra que le queda; ó bien un bienestar, mas que eso, una fortuna, — porque nosotros no andaremos regateando con los

que nos hagan un servicio, — ganada á costa de una mentira que no durará sino algunas horas.

Elegid pues.

José María se arrancaba los pelos de rabia y desesperación.

Sobre los labios de Gigant jugueteaba siempre la misma sonrisa, aquella sonrisa que parecía querer decir: «Haced favores á las gentes...»

Suspendiendo su paseo de repente, Tarantas se plantó con los brazos cruzados delante de Gigant y le dijo:

— ¿Cuánto me dareis por cometer esa infamia?

— Eso de infamia, es duro; es preciso que comprendais, mi jóven amigo, que...

— No quiero saber nada: no quiero ser en vuestras manos mas que un instrumento ciego, no quiero saber ninguno de vuestros cálculos. Lo que me digais que haga, lo haré. Ni mas, ni menos. ¿Cuánto me pagareis?

— Creo, dijo Gigant con tono meliflúo, que habíamos hablado de cien mil francos.

— No los quiero: eso es demasiado. Soy un bribon y un pillo, puesto que acepto, pero el motivo que me hace aceptar, me justifica á mis ojos hasta cierto punto. Me consideraría completamente deshonorado respecto á mi mismo, si tratase de obtener de este negocio ninguna ventaja personal.

Quiero que mi madre muera en paz, hé ahí todo lo que deseo. Que crea que mis esfuerzos han sido coronados con un éxito feliz: que vuelva á ver reconstituirse á su alrededor aquella hacienda que ha ido vendiendo por mi causa con un íntimo dolor de corazón.

En cuanto á mí, ¡miserable! me iré á ocultar á algun rincón, yo no sé adonde; á arrastrar mis andrajos hasta que allí deje mi armazón, menos despreciable á mis ojos que mi alma inmortal.

Así pues, Gigant, cuando se haya concluido la asociación de infamia que me proponéis, no volvais á poneros ante mis ojos, ni á mi alcance, porque si yo os quería ya mal, os querré mucho peor, pues en este día me habeis privado de todo, absolutamente de todo, hasta de la poca estimación que yo conservaba de mí mismo.

Gigant hizo chasquear sus dedos como para decir: «¡Bah! ¡bah! ya cambiareis de parecer.»

Se levantó en seguida, y sacó el reló.

— Son las dos y media, dijo; la cita es para las seis. Apenas si nos queda tiempo para instruir al señor conde José de Rancogne de la historia de su noble familia, antes que llegue M. de Puysaie al lugar de la entrevista. Ea, despachémonos.

Algunos minutos despues, nuestros tres personajes habian vuelto á subir al coche que se dirigía al gran trote al Arco de Triunfo de la Estrella.

En aquella época el espacio limitado hoy día por el paseo de los Campos Eliseos, la avenida de Friedland y la calle del Oratorio, espacio ocupado hoy por construcciones nuevas, era un terreno vacío en donde habia alguna que otra casita de campo aislada en medio de grandes jardines.

A medida que París se agrandaba, estas casitas fueron

tomando el aspecto terroso de las habitaciones de lujo de las cuales el lujo se retira.

Así son los mendigos de las ciudades con sombrero de copa alta y frac negro.

Así era también un pabellón que creo exista todavía, aislado y amenazando ruina, el cual estaba en la parte triangular de un jardín que la nueva alineación de las calles ha respetado, sin saber por qué.

Esta ruina de triste apariencia, como la tienen todas las ruinas que no son la obra del tiempo, sino el resultado del abandono y de la incuria, se ve á la extremidad de una calle estrecha, que si mal no me acuerdo, se llama la calle del Bel-Respiro, y está como acurrucada al pié de los terraplenes hechos para sostener los terrenos de la avenida de Friedland.

Este pabellón, construido de estuco con molduras según la moda de la época de Luis XVI, lindo como una caja de dulces, oculto en medio de espesuras de hoj cortado con regularidad caprichosa, debió ser testigo de las fiestas de algun gran señor ó de algun Turcaret á la moda.

Ennegrecido hoy por la lluvia, perdiendo á cada ráfaga de viento alguna pizarra del techado ó algun trozo de chimenea, está más feo que esas coquetas viejas que á los sesenta años se presentan adornadas con las pretenciosas coronas de la juventud.

En la época en que pasa esta historia, este pabellón estaba habitable todavía, y servía de refugio á los vicios del doctor Toinon.

Pues á este pabellón era á donde conducía á toda prisa el cabriolé á nuestros tres conocidos.

LVII

EL ALMA DE MATIFAY.

Mientras que M. Gigant empleaba tan bien su mañana, el enjambre de los necróforos habia invadido el palacio de Matifay.

Las grandes puertas del suntuoso edificio permanecieron abiertas durante todo el día ante la multitud que se apiñaba para contemplar en el lecho mortuorio de gran parada, á aquel ciudadano arrebatado á la patria de quien era el orgullo, de una manera tan rápida y desgraciada.

La caja de la escalera estaba cubierta con colgaduras negras sembradas de lágrimas de plata, y el cuarto del difunto transformado en capilla mortuoria.

La muerte de un banquero de aquella importancia llama la atención tanto como la de un príncipe, cuando menos.

Los valores todos tuvieron una baja en la Bolsa. La pérdida que acababa de hacer la banca con la muerte del

hombre mas rico y mas honrado de Francia, fué considerada, con razón, como una desgracia pública.

El día siguiente era el señalado para devolver á la tierra los preciosos despojos mortales de aquel Creso que, por un fenómeno rarísimo, era al mismo tiempo que inmensamente rico, un grande hombre de bien.

Ya se hallaban preparados los cinco discursos «improvisados» que se debían pronunciar al pié de aquella fosa «recientemente abierta», con sus puntos de exclamación y sus periodos huecos y sonoros.

Los cinco colegas que habian sido elegidos para dirigir «el último adiós» á su digno compañero tan justamente admirado, amado y sentido, repetían aquellas improvisaciones delante de un espejo, estudiando sus gestos, ensayándose en la manera de derramar sus lágrimas de codrilo y el modo de fingir el hipo de la profunda emoción que sentían.

Los músicos militares pulían el cobre de sus instrumentos, y hacían resonar el eco sonoro de los cuarteles con los acentos solemnes de las marchas fúnebres.

La iglesia cubría sus paredes y columnas con sus colgaduras mas ricas y sombrías, convocaba los cantores bajos profundos de voz hueca y los mas distinguidos organistas.

Nada podia haber bastante bello para manifestar el luto general causado por el fallecimiento prematuro de un baron Matifay.

La multitud de curiosos, que se reemplazaba á cada momento, desfilaba silenciosa por delante del lecho mortuorio en forma de catafalco, sobre el que se hallaban colocados aquellos preciosos restos.

Asunto magnífico para los Prudhomes panzudos y los Vi-reloques en harapos. «La fortuna no hace la dicha», decían unos. — «Todo el mundo es igual ante la muerte, que no respeta á nadie», exclamaban otros, y no se oían mas que esos aforismos vulgares y verdades de este género.

Pero se echaba de menos la falta de alguna cosa en aquella representación de tan grande aparato: alguna cosa mas preciosa mil veces que las colgaduras con franjas de plata; que los grandes cirios que ardan en candelabros de oro macizo, y que los ricos incensarios despidiendo nubes de humo perfumado en su acompasado balanceo.

Echábanse de menos las lágrimas sinceras, la verdadera pena, una esposa desconsolada ó un hijo atribulado arrodillado al pié del féretro; y nada de esto se veía, ni aun algunos amigos del difunto, alrededor del catafalco Matifay.

Ese lujo y consuelo está reservado solo para tí, ¡hombre pobre y honrado! Tú lo tendrás en tu bohardilla fria y desnuda, despues de haber pasado una vida llena de trabajos, de abnegación y sufrimientos. No se han hecho para tí esos suntuosos coches enlutados arrastrados por fogosos caballos cubiertos con lujosas gualdrapas negras y ondulantes penachos; ni tampoco esos elevados catafalcos con escudos y emblemas que, en vez de expresar el dolor, no expresan ni representan mas que la vanidad y el orgullo; ni tampoco los cantores de la Opera vendrán á entonar un *Requiem*. ¿Qué vale todo eso, si tu modesto ataúd va acompañado y

seguido por una esposa y unos hijos sumidos en el mas profundo dolor, y por algunos fieles amigos á quienes tu muerte les ha causado un verdadero sentimiento?...

Seguramente que en el oscuro rincon del cementerio en donde tu cuerpo reposa, no se construirá una pirámide de mármol con coronas de laurel en los cuatro costados, como para el baron Matifay, con una balanza en la fachada principal del zócalo, que, ¿quién sabe? en vez de representar el símbolo de la justicia, representa, en la intencion epigramática del escultor, «el roedor de escudos.»

Tampoco se grabarán sobre tu losa tus títulos y tus pretendidas cualidades y virtudes. Tú no tendrás, sobre la tierra cubierta de césped de tu huesa, mas que una simple cruz de madera pintada de negro, y tu humilde nombre escrito en ella con letras blancas.

Pero al pié de esta cruz vendrán á arrodillarse tu viuda y los tiernos hijos que apenas conservan de tí un vago recuerdo, y despues de haber rogado al cielo por el descanso eterno de tu alma, dejarán suspendidos á los brazos de esa cruz coronas de inmortales y de siemprevivas; mientras que no habrá nunca nadie al pié de la orgullosa columna piramidal de Matifay y de otros ricos, helados en sus tumbas, y sin que el calor de las oraciones cristianas vengan á calentar aquellos huesos.

Habia mucha mas curiosidad que simpatía y popularidad verdadera en el apresuramiento con que venian las gentes á ver aquel espectáculo, imágen elocuente de la vanidad humana que subsiste y persiste en el lecho mismo de la muerte, y aun va mucho mas allá de la tumba.

Todo habia contribuido para que esta curiosidad fuese mas viva.

En primer lugar, la fortuna colosal del difunto, á quien ni sus millones ni sus tierras habian podido impedir el que muriese. Despues, la enfermedad extraordinaria y original que lo habia conducido á la tumba; enfermedad que era un secreto, aun para sus amigos mas íntimos.

Para los demas, para el vulgo, tan dispuesto á la envidia, tenia el carácter de ser una expiacion, un castigo.

Hace mas de mil ochocientos años que Lázaro se presenta á la imaginacion y trae á la memoria la historia del mal rico.

A pesar del cuidado que se habia puesto para no dejar traspasar por fuera la manía ó locura del baron, los ataques públicos que habia sufrido de esta enfermedad rara, habian dado lugar y materia á comentarios é historias de mil géneros.

La imaginacion del pueblo ve muchas veces á muy larga distancia, y suele ver bien; sucede á menudo que su acusacion sorda y reservada suele preceder las revelaciones de la justicia.

Aquella muerte solitaria, sin testigos, en medió de la noche, tenia algo de siniestro, y se prestaba á ser materia para una leyenda.

Así es que ya la leyenda existia, segun hemos dicho.

Todas las noches, cuando los vecinos pasaban, se mostraban mutuamente aquella luz misteriosa que se veia relucir

por entre el follaje, aislada, sin saber ni quién la encendia, ni en dónde estaba, y que dieron en llamarla «el alma de Matifay.»

Durante los últimos dias, la luz se habia ido poniendo cada vez mas amortiguada, y la noche anterior casi ya no se la distinguia, y las comadres, persignándose, se decian unas á otras:

— Eso es que el baron se va á morir.

Y en efecto, el baron se murió; y al desfilarse en la capilla mortuoria por delante del cadáver, lo que mas ocupaba su imaginacion y avivaba su curiosidad, era el saber si la luz continuaria encendida por la noche.

Durante este tiempo, aquellas personas á quienes por sus relaciones con el baron Matifay hubiese debido afectar su muerte, si realmente fuese el hombre honrado y grande que se decia, segun la reputacion de que gozaba, esto es, Cipriana y el conde de Puysaie, mujer y suegro del baron, se hallaban preocupados de ideas bien distintas.

La pobre jóven sentia sumida su alma en nuevas incertidumbres, las mismas que habia sufrido en otro tiempo.

Su corazon no dudaba ya de José; pero así y todo, su razon la obligaba á dudar.

¿No habia confesado él mismo aquella mañana que, no impidiendo, como hubiese podido hacerlo, su casamiento con Matifay, habia sido la causa de su desgracia? Y esto ¿por qué? ¡ay! por el vil interés del dinero.

Tambien se decia, es verdad, que M. José habia ofrecido el justificarse.

Pero habia hecho esta promesa de una manera tan vaga, tan indeterminada, que Cipriana no se atrevia á tener gran confianza en aquella justificacion.

Tal vez, aquella promesa no habia sido mas que un subterfugio para poder salir del mejor modo posible de la embarazosa y falsa posicion en que se hallaba M. José, al verse descubierto.

Loredano, por su parte, no hacia mas que leer y releer el singular aviso anónimo que le habia ilustrado tanto respecto al baron Matifay, como respecto á M. José de la Cruz.

Esta carta se terminaba por algunas líneas que Loredano no habia juzgado á propósito comunicar á nadie, y que decian:

«Hallareis en vuestra misma casa, señor conde, y sin que yo me tome el trabajo de proporcionároslas, las pruebas de mis aserciones.

» La fortuna del baron Matifay que recaer, por muerte del baron, en la persona de vuestra hija, pertenece toda ella á la familia de Rancogne. Se os suministrarán las pruebas en seguida, en donde y como querais, de que la familia de Rancogne posee todavia un representante cuya identidad se os patentizará.

» ¿Permitireis que se haga esta demostracion y prueba ante los tribunales?

» Yo creo, y no dudo que tambien vos penseis del mismo modo, que la publicidad que recibiria por este medio un secreto que ha estado guardado tan cuidadosamente durante

tan largo tiempo, se reflejaria de un modo desagradable, por no decir otra cosa, sobre la raza de los Puysaie, al deshonrar al hombre indigno que habia recibido en la familia.

» Si sois del mismo parecer que nosotros, señor conde, y preferís un arreglo amistoso y secreto á una informacion pública de justicia, hallaos esta tarde á las seis en la rotonda de los Campos Eliseos, en donde os estará esperando un coche que os conducirá al lugar en que nosotros nos hallamos. Reconocereis fácilmente este coche por la librea azul claro y plata del cochero.

» Así pues, hasta esta tarde, ó hasta mañana, en el caso que no acepteis la cita que yo os doy en nombre del último de los Rancogne.»

A pesar de lo que esto tenia de extraño, Loredano no habia vacilado un solo momento en concurrir á la cita que le indicaba la carta.

No temia ni un engaño, ni una emboscada.

Aun cuando le quisiesen arrancar alguna firma, en el caso que tal fuese la intencion del misterioso autor de la carta, su firma no tendria valor ninguno, puesto que la fortuna en cuestion, y de que se trataba, pertenecia no á él, sino á Cipriana, y por consiguiente, solo ella tenia el derecho legal de disponer de esta fortuna.

Así, á eso de las cinco y media, se salió solo de casa, y se fué á pié hácia el sitio que la cita le designaba.

A la misma hora, madama Rozel entregaba á Cipriana otro billete.

Este billete contenia únicamente estas cortas palabras:

«Cipriana, estoy sufriendo horriblemente; no puedo soportar la idea de que hayais podido dudar de mí, ni una hora siquiera.

» ¿Quereis permitirme el que me justifique con vos sola? ¿Me prometéis guardar el mas profundo secreto sobre las confidencias que os haga?

» Si consentís y me lo prometéis, hallaos esta noche en el invernáculo, en aquel mismo sitio en que nos hemos hablado por la primera vez; y sabreis todo.»

Cipriana llevó con un movimiento apasionado el papel á sus labios, y exclamó:

— ¡Oh! no, ¡no es culpable!

LVIII

PRIMERA PARTIDA.

El interior de la casita de la calle de Bel-Respiro, no correspondia en manera alguna con la apariencia exterior de ella.

El lujo ya algo pasado á la Pompadour, no carecia de cierta gracia; habia algunas pinturas á la aguada sobre las puertas, que representaban ninfas y pastoras, y las colgaduras ó tapices descolorados por el tiempo que cubrian las paredes, hacian muy buen juego con las molduras y torsales de los sillones de aquel tiempo.

Veíanse sobre las chimeneas diosas pintadas al pastel, y varios retratos de los diferentes y lúbricos personajes que habian sido dueños de aquel retiro figuraban colgados á lo largo de las paredes.

Los tres asociados se habian sentado alrededor de la chimenea, porque á pesar de que la estacion se hallaba bastante adelantada, hacia bastante frio en aquella casa húmeda y desierta.

Hablaban en voz baja, es decir, era Gigant el que hablaba, porque Toinon se contentaba con hacer señas aprobativas con la cabeza, segun su prudente costumbre, y José María Tarantas escuchaba atentamente.

M. Gigant le contaba todo aquello que él creia necesario que supiese para representar, con la mayor perfeccion posible, el papel del último de los Rancognes.

La fábula que Gigant habia inventado no dejaba de tener su mérito, y no era mala, en el supuesto de que la condesa de Rancogne no habia de estar allí, ni vendria á contradecirla.

Héla aquí reducida á su mas simple expresion, y despojada de todos los adornos con que habia sabido revestirla la inventiva imaginacion del hombre de negocios.

En primer lugar, empezaba por presentar como inocentes á Hércules Champion y al doctor Toinon, de la manera mas completa, cargando con toda la responsabilidad del crimen sobre la memoria de Matifay.

«Averiguad á quién aprovecha el crimen», dice un axioma del derecho, y con arreglo á este axioma, el solo culpable era Matifay, que fué el único que se aprovechó del crimen, del que nada sacaron ni Champion ni Toinon.

Luego, Matifay era el único culpable.

Tomando esta hipótesis como punto principal de partida, M. Gigant arregló la historia de la noche terrible que habia visto perecer al conde Octavio, y acusar á la condesa Elena, entremezclando en esta relacion una parte de verdad con otra parte de mentira, con tal arte y destreza, que era casi imposible poder distinguir lo verdadero de lo falso.

Así, por ejemplo, segun su relacion, Hércules se presentaba como un pariente adicto siempre á la condesa, y él y Toinon habian sido los que hicieron montar á Octavio sobre el caballo de este último para procurarle la huida por el camino de las hornagueras. Él, quien previendo el peligro de muerte que iba á correr el caballero, y no sabiendo hasta en el último momento la emboscada que le tenia preparada Limaille en el camino de Limoges, envió corriendo á José para prevenirle. El pobre chico no pudo llegar á tiempo para impedirlo, y solo fué testigo del asesinato del conde, y oyó al infernal Matifay que le decia á Limaille repetidas veces:

— Tírale, tírale, Limaille, tírale.

¿Por qué M. Gigant, ó mas bien Hércules Champion,—

pues ya podemos volver á darle este nombre, puesto que él estaba decidido á volverlo á tomar, — por qué pues Hércules no había dado cuenta inmediatamente á la justicia, revelándole estos hechos que podían servir para probar la inocencia de la condesa y salvar á su desgraciada prima?...

Porque Matifay era muy fuerte, y él muy débil; porque no habiendo visto volver á José de su arriesgada expedición, debía creer que había tenido la misma suerte que su amo, y se hallaba sepultado en el abismo sin fondo de las horna-gueras; porque habían sido arregladas por Matifay las pruebas con tal arte y astucia diabólicas, que la opinion era enteramente desfavorable á la condesa Elena; y porque, en fin, la declaracion aislada de Champion no habría tenido mas que un resultado muy posible: el de hacerle condenar como testigo falso, y aun como cómplice en el crimen.

Y en este caso, ¿quién habría velado sobre la pobre niña Blanca de Rancogne, entregada al cuidado y bajo la tutela de Matifay, su mas cruel enemigo?...

La infortunada condesa Elena lo sabía bien, y si ella pudiese salir de la tumba, proclamaría en alta voz la inocencia y la abnegacion de ese modelo de parientes y de amigos que se llamaba Hércules Champion.

Diría cómo ella misma había exigido que no se comprometiese al querer defenderla mas enérgicamente; diría cómo le había suplicado y rogado, hasta ponerse de rodillas, que no se perdiese por causa de ella, á fin de que, quedando libre, pudiese velar sobre su hija.

Por desgracia, no había podido cumplir hasta el fin con esta sagrada mision. Habiendo sido acusado falsamente, viéndose comprometido, arruinado por Matifay, se había visto precisado á salir de Francia, so pena de ser deshonrado él mismo por una condena infamatoria.

Mas á pesar de eso, no había dejado de velar desde lejos sobre la suerte de la huérfana; y por un prodigio de perseverancia, él y Toinon, los únicos amigos oscuros y adictos á la familia de Rancogne, habían conseguido llegar á descubrir á la niña abandonada. Esta niña vivía en París en la última miseria, bajo la tutela de un grosero italiano llamado el signor Chinela.

Al llegar aquí, se complicaba la fabulosa historia de Champion.

Cuando estaban en visperas de librar á Blanca de aquella odiosa tutela, y de reunir las pruebas de su identidad, confundiendo á Matifay bajo el abrumador peso de su incontestable evidencia, se habían encontrado con un obstáculo imprevisto y misterioso, los tres caballeros interesados por la familia de Rancogne: este obstáculo era un M. José de la Cruz, que aspiraba á apoderarse de los millones del banquero.

Por eso era por lo que había desaparecido la Pippione, sin que hubiese sido posible el volverla á encontrar, ni á rastrear su pista; y esto era porque si no hubiese desaparecido, la fortuna del baron, segun los términos y vias legales, habría vuelto á recaer sobre la heredera legítima, y Matifay, al casarse con la señorita de Puysaie, no habría podido dotala como lo hizo. En una palabra, M. José de la Cruz, que

por sus intrigas y manejos había conseguido hacerse amar de la señorita Cipriana, no habría podido casarse sino con una jóven pobre, en lugar de casarse con una opulenta viuda millonaria...

Segun se ve, la fábula de Champion estaba unida por muchos hilos á la trama.

La novela que había compuesto Champion estaba arreglada de tal manera, y era un conjunto de hechos falsos con hechos verdaderos tan bien entremezclados y unidos entre sí, que era muy difícil, si no imposible, el poder distinguir los unos de los otros á primera vista.

Por lo que concernía á José, á aquel jóven y animoso defensor del honor de Rancogne, Champion, cuyo desinterés en este caso era manifiesto, puesto que nada tenía que ganar en el negocio, dejaría hablar á las pruebas que tenía entre las manos, pruebas mas elocuentes que todas las afirmaciones y declaraciones que pudiesen hacerse.

Los documentos en cuestion probaban de una manera irrecusable y categórica, que ademas de la rama mayor de los Rancogne, rama que se había extinguido con la muerte de Jorge, de su hija Blanca y de su hermano Octavio, existía aun una segunda rama, representada por Guillermo, el segundo hijo del conde Juan.

Este Guillermo había hecho un mal casamiento, é incurrido por eso en la cólera y desgracia del conde Juan, su padre. Despedido de la casa paterna por su mismo padre, no se había vuelto á oír hablar mas de él.

Pero resultaba que había vivido mucho tiempo aun despues de la maldicion paterna; que había dejado un nieto, y que este nieto era José.

Todo estaba perfectamente comprobado en aquellos documentos que no daban lugar á la menor duda: 1º por el testamento de Guillermo, que no era conocido mas que bajo el nombre del Biassou, en toda la comarca; 2º por su fé de bautismo y su partida de casamiento con Juana; y 3º en fin, por las partidas de bautismo y de casamiento del padre de José, que había muerto jóven, y por la partida de bautismo del mismo José.

Todas estas piezas eran las que Champion había encontrado en el oratorio, encerradas en el pliego dirigido al José verdadero, las cuales iban á servir para probar la identidad del falso José, es decir, de José Maria Tarantas.

Este se hallaba completamente despejado. Escuchaba con la mayor atencion y calma todos los detalles que le daba el hombre de negocios, y se los grababa en su memoria.

Conocía perfectamente la enormidad de la infamia de que iba á hacerse cómplice; pero se trataba de su madre, de «la vieja», como él la llamaba, á quien se iba á poner á la puerta de su propia casa, de su último asilo, en el caso que no accediese á las proposiciones de Gigant, y no se conformase con sus órdenes.

Veía ya á la pobre ciega apoyada en un palo, tropezando y encorbada con el peso del morral lleno de mendrugos, y extendiendo su mano arrugada, de puerta en puerta, para recibir una limosna. Y por el contrario, obedeciendo aquellas órdenes, Tarantas volvería á rescatar las tierras y las

alquerías, y todo lo demas; la pobre anciana volvería á tener su carricoche pintado de verde como antes, para ir en él los domingos á la iglesia, y moriría tranquila en la cama grande con colgadura y dosel, en donde había nacido.

En cuanto á él, que sabía la fuente impura de donde procedía aquel dinero, no llegaría á mancharse sus manos con él; y ya que para salvar á su madre era preciso cometer un crimen, lo cometería, pero no se aprovecharía de él. Se haría justicia á sí mismo. Habría un cadáver mas arrastrado por las fangosas aguas del Sena, ó una cabeza mas con la tapa de los sesos abierta, ¿qué importaba eso?

Se oyó en la calle el ruido de un coche, ruido poco acostumbrado á oírse en ella.

Toinon entreabrió la ventana y se inclinó hácia fuera para observar, y dijo á Champion:

— Él es.

— En ese caso, respondió vivamente el hombre de negocios á Tarantas, entrad aquí en este cuarto, medidad bien vuestro papel, y dejadme á mí dar el primer golpe.

Toinon había salido á recibir al conde, y volvió á entrar casi en seguida con él.

Loredano miraba con aire asombrado á los dos hombres, cuyas fisonomías le eran completamente desconocidas.

— ¿A quién tengo el honor de hablar? preguntó al fin.

Gigant le indicó un asiento, y respondió con la misma soltura:

— Debeis haber leído nuestros nombres en la confesion de vuestro señor yerno. Mi amigo es el doctor Toinon, y yo me llamo Hércules Champion.

LIX

EL ALMA DE MATIFAY.

(CONTINUACION Y FIN.)

Dos horas despues, el conde Loredano de Puysaie se despedía del doctor Toinon y de Hércules Champion.

El primer exámen superficial que hizo de los papeles que le exhibieron, le bastó para asegurarse de la autenticidad de aquellos documentos; pero dejaba para el dia siguiente el estudiarlos mas á fondo.

Había quedado convenido que el mismo falso José, acompañado de Toinon y de Hércules, iría á llevárselos.

— ¡Vamos, vamos! exclamó Champion luego que se cerró la puerta cuando se marchó el conde; la primera partida está ganada.

— Sí, pero ¿la segunda?... contestó Toinon con ansiedad.

— La segunda, replicó Hércules con aire tranquilo, la jugaremos mañana, así como la moza, y las ganaremos.

Mientras tanto, el conde se volvía á su casa muy pensativo, á consecuencia de las singulares confidencias que acababan de hacerle.

Para poder meditar mas libremente, bajaba á pié la calzada de los Campos Eliseos. La relacion que Champion le había hecho no estaba en contradiccion con la confesion de Matifay mas que en un solo punto.

Es verdad que este punto era capital.

¿Cuál de estas dos aserciones era la verdadera? ¿la de aquel culpable en los momentos de ir á presentarse ante la presencia de Dios, ó la de Champion, que al descubrir tan claramente la identidad de su persona, arriesgaba su cabeza?

La inocencia sola es capaz, — á lo menos él lo creía así, — de hacer semejantes calaveradas y tener tanto atrevimiento.

Pues en la inocencia ó en la culpabilidad de Champion era en donde estaba el nudo de la dificultad.

Siendo inocente, su conducta era clara, dignas de crédito sus aseveraciones, y el conde no tenía ya mas que hacer que restituir por medio de Cipriana al último descendiente de los Rancogne la fortuna robada por Matifay.

Sin embargo, por mas que el conde se esforzaba en persuadirse que si Champion y Toinon fuesen culpables no vendrían á entregarse bruscamente ellos mismos; á pesar suyo, le quedaba siempre una duda en su espíritu turbado, y se hacía esta otra pregunta, mas difícil de resolver que la primera:

— ¿Por qué, se preguntaba, Matifay que iba á morir habría dicho toda la verdad sobre lo que le concernía personalmente, y habría mentido respecto á los demas?...

Ya había llegado al frente del palacio, y no había podido encontrar todavía la solucion de ninguno de estos dos problemas.

Ya no contaba para ilustrarse mas que sobre los incidentes que pudiesen resultar de la entrevista del dia siguiente, ó sobre una de esas inspiraciones repentinas que atraviesan el espíritu como un relámpago y lo iluminan, por decirlo así, con una revelacion repentina en los momentos mismos en que se halla mas vacilante y dudoso.

Delante de la verja del palacio se había formado un grupo muy animado.

Lepine gesticulaba con gran vivacidad en medio de aquel corrillo, y todas las miradas estaban fijadas sobre un punto determinado de la masa negra que formaba el edificio.

En la pared había abierta una especie de ventana semejante á la tronera ó aspillera de una muralla, y completamente disimulada y oculta durante el dia por una espesa capa de yedra; y por entre esta abertura ó rendija se veía brillar una luz pálida y vacilante como si fuese á extinguirse.

Era aquella luz misma que en la vecindad llamaban el alma de Matifay.

En el momento en que Loredano se acercaba al grupo, oyó á una mujer que exclamaba:

— ¡Cuando yo os digo que es su alma que pide oracio-